**Domingo de Resurrección**

**Ciclo A**

12 de abril de 2020

Hech 10,34.37-43
1Cor 5, 6-8
Jn 20,1-9

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En el relato del evangelio María Magdalena reacciona de forma precipitada: le basta ver que han quitado la losa del sepulcro para concluir que alguien se ha llevado el cadáver; la resurrección ni siquiera se le pasa por la cabeza.

Simón Pedro actúa como un inspector de policía diligente: corre al sepulcro y no se limita, como María, a ver la losa corrida; entra, advierte que las vendas están en el suelo y que el sudario, en cambio, está enrollado en sitio aparte. Algo muy extraño. Pero no saca ninguna conclusión.

El discípulo amado también corre, más incluso que Simón Pedro, pero luego lo espera pacientemente. Y ve lo mismo que Pedro, pero concluye que Jesús ha resucitado.

Ante la resurrección de Jesús podemos pensar que es un fraude (María), no saber qué pensar (Pedro) o dar el salto misterioso de la fe (discípulo amado)[[1]](#footnote-1).

Cuando con intensidad anhelamos llegar a algún sitio para quedarnos para siempre, ir a alguna parte largo tiempo anhelada, y por fin lo realizamos, al llegar a ese punto no nos preocupamos del vehículo que hemos empleado para lograrlo. Sería estúpido por nuestra parte estar preocupándonos por nuestro carro y continuamente mirarlo cuando, por fin, hemos llegado a la tan ansiada meta. A nadie se le ocurre. Nosotros no somos el carro. Es más, decimos adiós al carro y «que le vaya muy bien: ¡por fin he llegado!». Lo que hacemos no es ni siquiera disfrutar de la realización de nuestra hazaña, de lo que hemos hecho; tampoco, como digo, del cómo lo hemos hecho. Lo que hacemos es disfrutar del lugar en sí mismo y dejarnos invadir por la experiencia del lugar mismo.

Pues bien, nosotros ansiamos, con una sed que se hace cada vez más intensa, la VIDA, con mayúsculas[[2]](#footnote-2).

No debemos entender la resurrección como la reanimación de un cadáver. Un instante después de la muerte, el cuerpo no es nada. Los sentimientos que nos unen al ser querido muerto, por muy profundos y humanos que sean, no son más que una relación psicológica. Esos despojos no mantienen ninguna relación con el ser que estuvo vivo. La muerte devuelve al cuerpo al universo de la materia de una manera irreversible. Quedarnos ahí no tiene sentido ni para los hombres ni para Dios.

Jesús había alcanzado la VIDA antes de morir. Y él fue consciente de ello. Él era el agua viva, dice a la Samaritana, Él había nacido del Espíritu, como pidió a Nicodemo; él vive por el Padre; él es la resurrección y la Vida. Ya en ese momento, cuando habla con sus interlocutores, está en posesión de la verdadera Vida. Eso explica que le traiga sin cuidado lo que pueda pasar con su vida biológica. Lo que verdaderamente le interesa es esa VIDA (con mayúscula) que él alcanzó durante su vida (con minúscula).

Jesús sigue vivo, pero de otra manera. Debo descubrir que yo estoy llamado a esa misma Vida. A la Samaritana le dice Jesús: «*el agua que yo le daré se convertirá en un surtidor que salta hasta la Vida eterna»[[3]](#footnote-3)*. A Nicodemo le dice: «*Hay que nacer de nuevo; lo que nace de la carne es carne, lo que nace del espíritu es Espíritu […] Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no perezca, sino tenga vida eterna»[[4]](#footnote-4).* Y más tarde dirá, hablando del Pan de Vida: «*El Padre vive y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me asimile, vivirá por mí[[5]](#footnote-5)».*  Y después: *«Yo soy la resurrección y la Vida, el que cree en mí aunque haya muerto vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre»[[6]](#footnote-6)*. Jesús no habla para un más allá, sino en presente. La pregunta es: ¿creemos esto?

Jesús había conseguido, como hombre, la plenitud de Vida del mismo Dios. Porque había muerto a todo lo terreno, a su egoísmo, y se había entregado por entero a los demás. Es decir, Jesús llega a la más alta cota de ser posible como hombre mortal. Este admirable logro fue posible, después de haber descubierto que esa era la meta de todo ser humano, que ese era el único camino para llegar a hacer presente lo divino. Esta toma de conciencia fue posible, porque había experimentado a Dios como Don.

Como hemos dicho arriba, una vez que se llega a la meta, es inútil seguir preocupándose del vehículo que hemos utilizado para alcanzarla.

En la Segunda Lectura, Pablo dice a los de Corinto: *«ustedes son pan sin levadura»[[7]](#footnote-7)*. «Son». Les está hablando de una situación real actual, no les está remandando a estado futuro del ser. Resucitar tiene que ver con mi día de hoy y es que en cada uno de nosotros, hay zonas muertas que tenemos que resucitar: esa levadura hay que tirarla, dice Pablo. La celebración de hoy nos está diciendo que debemos preocuparnos por la vida biológica, pero no hasta tal punto que olvidemos la verdadera Vida. Nos está diciendo que tenemos que estar muriendo todos los días, tirando la levadura, y al mismo tiempo resucitando, es decir pasando de la muerte a la Vida.

Ayer, en el episodio de la resurrección relatado por Mateo, el ángel y Jesús insistían en que había que ir a Galilea. Porque es un error buscar a Jesús en el mundo de la muerte. Está vivo para siempre. Nunca lo podremos encontrar donde la vida está muerta. En Galilea se escuchó, por vez primera y en toda su pureza, la Buena Noticia de Dios y el proyecto humanizador del Padre. Tenemos que regresar hasta allá, volver al amor primero, hacer el esfuerzo por penetrar de forma sencilla y pura, otra vez, en nuestro corazón para conocer la alegría del Evangelio de Jesús, capaz de «resucitar» nuestra fe. Eso es ser pan ázimo, sin levadura.

Si al celebrar la resurrección de Jesús no experimentamos en nosotros una nueva Vida, ¿no será que nuestra celebración ha sido simple folclore? ¿No será que nos hemos quedado como esas mujeres, boquiabiertas y pasmadas, con los perfumes y ungüentos en la mano y mirando, asustados por nuestra realidad aplastante, al suelo? ¿No será que anhelantes todavía estamos diciendo: *«Señor, si tú te lo has llevado, por favor, dime dónde lo has puesto»?[[8]](#footnote-8)*

1. Cfr. José Luía Sicre. *Ni Dios, ni Cristo, ni Resurrección*, en [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com) . ¿Por qué espera el discípulo amado? Es frecuente interpretar este hecho de la siguiente manera. El discípulo amado (sea Juan o quien fuere) fundó una comunidad cristiana bastante peculiar, que corría el peligro de considerarse superior a las demás iglesias y terminar separada de ellas. De hecho, el cuarto evangelio deja clara la enorme intuición religiosa del fundador, superior a la de Pedro: le basta ver para creer, igual que más adelante, cuando Jesús se aparezca en el lago de Galilea, inmediatamente sabe que “es el Señor”. Sin embargo, su intuición especial no lo sitúa por encima de Pedro, al que espera a la entrada de la tumba en señal de respeto. La comunidad del discípulo amado, imitando a su fundador, debe sentirse unida a la iglesia total, de la que Pedro es responsable. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Fray Marcos. *Domingo de Pascua*, en [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com) [↑](#footnote-ref-2)
3. Jn 4,14 [↑](#footnote-ref-3)
4. Jn 3,7ss [↑](#footnote-ref-4)
5. Jn 6,57 [↑](#footnote-ref-5)
6. Jn 11,25 [↑](#footnote-ref-6)
7. 1Cor 5, 7 [↑](#footnote-ref-7)
8. Jn 20,15 [↑](#footnote-ref-8)